

## INTERVENCIÓN EN LA “CIMA DE LA LIBERTAD” POR EL BICENTENARIO DE LA BATALLA DE PICHINCHA

Quito, mayo 24 / 2022



Señor doctor Alfredo Borrero Vega, vicepresidente constitucional de la República; señora abogada Guadalupe Llori, presidenta de la Asamblea Nacional; señoras y señores presidentes de las funciones del Estado y representantes de los organismos de control; señoras y señores ministros, secretarios de Estado y autoridades del gobierno; general Nelson Bolívar Proaño, jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, y señores comandantes de las fuerzas Terrestre, Naval, Aérea y de Policía Nacional; señoras y señores representantes del cuerpo diplomático y organismos internacionales acreditados ante el gobierno de la República del Ecuador; señoras y señores agregados

militares en el Ecuador; señor doctor Santiago Guarderas, alcalde del Distrito Metropolitano de Quito; autoridades eclesiásticas; generales y almirantes de las Fuerzas Armadas, oficiales superiores y subalternos, cadetes y guardiamarinas de las escuelas militares; voluntarios, tripulantes y aerotécnicos; jóvenes estudiantes; estimada Lucía (Pazmiño, esposa del vicepresidente); querida María de Lourdes (Alcívar, primera dama), queridos hijos, querida familia; señores representantes de los medios de comunicación.

Queridos compatriotas:

Es un honor para mí dirigirme a ustedes en el bicentenario de la Batalla del Pichincha, gesta heroica librada en esta Cima de la Libertad, hoy conocida como el Templo de la Patria.

Aquí, en las faldas del Pichincha, combatió el ejército libertador bajo el mando de aquel cumanés enamorado de Quito llamado Antonio José de Sucre, por entonces general, quien con apenas 27 años de edad ya tenía una década de experiencia en los campos de batalla.

La historia cuenta que –por encargo de Bolívar– Sucre arribó a Guayaquil en mayo de 1821 con alrededor de 700 combatientes, y estableció su cuartel en Samborondón. Allí empezó la recluta y entrenamiento de novatos, para iniciar cuanto antes la campaña militar sobre las provincias de la Sierra, y liberar los territorios de la Audiencia de Quito, actual Ecuador.

El gobierno de la Provincia Libre le brindó toda ayuda. Las mujeres porteñas confeccionaron uniformes y prepararon alimentos para la tropa, mientras que las de mayor fortuna entregaron sus joyas para ser cambiadas por armas y por vituallas.

Pero además, en la marcha Sucre recibió más aportes materiales y voluntarios de varias regiones de lo que hoy es el Ecuador. Sus fuerzas incluían guayaquileños, lojanos, cuencanos, quiteños, venezolanos, colombianos. Y también ingleses, irlandeses y escoceses, veteranos de las guerras napoleónicas.

Su primera victoria tuvo lugar en las llanuras de Yaguachi, y su primer revés en Huachi, con la pérdida de mil patriotas. Pero la fe en el triunfo era tan inquebrantable como la sed de libertad. Tras alcanzar las alturas de los Andes, la marcha empezó en Saraguro, en donde se sumaron batallones peruanos, argentinos y chilenos enviados por San Martín. ¡La libertad se veía venir!

Los realistas entregaron Cuenca sin oponer resistencia. Y en Riobamba, en el Tapi, también fueron vencidos. Rumbo a Quito, la capital parecía inexpugnable con vigías en las atalayas naturales del Panecillo y el Itchimbia, y hondas quebradas y terrenos agrestes al oriente de este majestuoso Pichincha.

En el camino se destaca la acción, como espía y mensajero, del joven sangolquileño Lucas Tipán, quien alertó a Sucre sobre el peligro de

entrar por Machachi. Tipán le sirve de guía hasta Chillogallo, en donde acampó el ejército libertador, al que el general español Melchor Aymerich subestimó.

Haciendo gala de genialidad estratégica, Sucre ordenó a tres mil hombres marchar por los chaquiñanes del Pichincha. La silenciosa marcha fue lenta y muy dura. El amanecer los descubrió a medio camino y los centinelas realistas dieron la voz de alerta. Aymerich ordenó a sus tropas subir cuanto antes a la montaña para repeler a los audaces soldados de Sucre.

El combate empezó a las nueve de la mañana. El primer fuego lo recibieron los batallones Paya y Alto Magdalena. Y pronto se les sumó el Batallón Yaguachi, al que pertenecía el joven teniente Abdón Calderón, quien luego de ser herido continuó arengando a sus soldados y se negó a abandonar el combate.

Tras dos horas de lucha la munición escaseó y se ordenó a los patriotas avanzar a bayoneta calada. Los realistas ocuparon el terreno más alto, para desde allí atacar. La situación parecía perdida para el ejército libertario, hasta que llegó el Batallón Albión con municiones y piezas de artillería.

Eso desmoralizó a los realistas y provocó la huida de Aymerich y sus tropas hasta el fortín del Panecillo. Hasta allá, Sucre le envió una propuesta de rendición honrosa, que fue aceptada. El parte de guerra

reportó alrededor de 500 bajas en las filas españolas y cerca de 300 entre los patriotas.

¡Con esa batalla Quito fue libre, libre por fin, al igual que las ciudades y pueblos que conformaban la Real Audiencia y el Ecuador actual!

Ecuatorianos:

El triunfo en la Batalla de Pichincha expresó la vocación de todo un pueblo por conquistar su libertad. Por ello, no basta entenderlo solo con las acciones de quienes protagonizaron en primer plano este capítulo excelso de nuestra historia. Debemos honrar también la memoria de los seres anónimos que hicieron posible ese triunfo de libertad.

Honrar a las valerosas mujeres –las “guarichas”– que acompañaron a los patriotas en todo momento. Mientras cargaban a sus hijos a la espalda preparaban el rancho, atendían a los heridos, enterraban a los muertos o zurcían los uniformes de los soldados rasos, que eran sus esposos, sus hermanos, sus hijos, sus vecinos o amigos.

La historia registra que muchas de ellas inclusive lucharon vestidas de soldados, como las lojanas Nicolasa Jurado e Inés Jiménez, y la ambateña Gertrudis Esparza. También está documentado el caso de la guayasense Ramona Castillo, quien sirvió como enfermera en la Batalla de Yaguachi y murió combatiendo en Riobamba.

Son ejemplos de que en el ser humano es innata su vocación por conquistar la libertad, mucho más cuando le es conculcada o restringida. El heroico pueblo de Quito esperaba impaciente la hora de recuperar la libertad. Y había llegado el día tan esperado.

Esa hora llegó al mediodía de aquel 24 de mayo de 1822, tras la batalla librada a tres mil metros de altura, que todos presenciaron desde calles y plazas con el alma en vilo. Bolívar llegó a Quito el 16 de junio, y fue recibido con honores. Fue entonces cuando conoció a Manuelita Sáenz, su libertadora.

Queridos compatriotas:

Si los ecuatorianos somos capaces de escribir páginas de gloria como la que he descrito hoy, no duden jamás de que juntos seguiremos venciendo cualquier desafío u obstáculo que tengamos por delante. Por nuestras venas corre sangre valiente, deseosa de justicia, de democracia, de progreso y bienestar.

El triunfo en el Pichincha fue la culminación de un largo proceso libertario, que tuvo precursores como Eugenio Espejo o Manuela Cañizares y los patriotas del 10 de agosto de 1809, mártires un año más tarde. Y tuvo apasionados partidarios, como la quiteña Manuelita Sáenz y la guayaquileña Rosita Campuzano, coronadas por San Martín en Lima como Caballeras de la Orden del Sol. Y brillantes ejecutores,

como Olmedo y los conjurados de la “Fragua de Vulcano”, artífices de la Provincia Libre de Guayaquil, el 9 de octubre de 1820.

¡Nada ni nadie podrá arrebatarnos la primicia de la independencia, cuya luz ilumina a América Latina y a todo el Ecuador!

¡Somos fuego, somos gloria, somos Patria! ¡Encarnamos el espíritu de Bolívar, de Sucre y Calderón!

Por eso ahora –200 años después de esta gesta– somos futuro, somos progreso y desarrollo. Somos un país con horizontes más amplios, con más oportunidades para todos, en especial para quienes más ayuda necesitan. Este es el Ecuador que estamos construyendo juntos, al que ya se le empiezan a ver los sólidos cimientos que sostendrán para siempre esta gloriosa Patria.

¡Gloria al bicentenario de la Batalla del Pichincha! ¡Gloria al Mariscal Sucre, vencedor en Pichincha, Ayacucho y Tarqui, caballero en la victoria y magnánimo en la paz!

¡Gloria al joven y eterno Abdón Calderón, nacido en Cuenca, criado en Guayaquil y héroe en Quito, reflejo de una Patria unida en busca de un ideal!

¡Gloria a nuestro pueblo y a todos los pueblos que lucharon y siguen luchando por la libertad!

Yo quiero expresar, como presidente de la república, mi saludo respetuoso a nuestras gloriosas Fuerzas Armadas en su día, hoy, 24 de mayo.

Queridos ecuatorianos, los invito a ponernos de pie y a gritar todos juntos: ¡Que viva el Ecuador!

Que Dios bendiga a nuestra Patria.

Muchas gracias, un abrazo para todos ustedes.

**GUILLERMO LASSO MENDOZA**

**Presidente Constitucional de la República del Ecuador**